

Documento

Santo Domingo a fines de los años 20

En el 1929 publicó en Madrid el escritor español Pedro de Répide su libro "La saeta de Abaris" — Del Mar Negro al Mar Caribe". "Libro de andar y ver" lo llaman los editores.

Pronto harán cincuenta años que estuvo viendo nuestro país, andando de ciudad en ciudad, oyendo lo que le contaban y tomando notas que luego va a transformar en páginas que vamos a reproducir hoy. Para unos cuantos, los sobrevivientes, cosa sabida, para otros, retratos y apuntes de gente que pasó a la historia, cosas y paisajes desaparecidos o cambiados por el discurrir del tiempo o por la ahora firme preocupación de que no se nos acabe de morir lo viejo. Hay ecos de murmuraciones de origen político, impresiones directas y un intento de ofrecer, en síntesis apretada, lo que habíamos sido y lo que éramos en un momento dado.

La Ciudad Primada

El puerto de Santo Domingo es la anchurosa desembocadura del Ozama, en cuya margen derecha se asienta la ciudad. En esa orilla, y junto a los muelles actuales, se conserva el tronco de la ceiba al cual es tradición que amarró Colón sus carabelas. Es decir, lo que se conserva es una reproducción de aquel tronco, pues los amasijos de cemento con que han ido tapando sus mermas han acabado por sustituir a la venerable madera y dejar de él una copia escultórica. Por otra parte, la población primitiva se sabe que estuvo emplazada en la orilla opuesta, donde ahora es el barrio de Pajaritos, y si se encaminó hacia aquel lado el proyecto de fundación no aparece muy explicable el amarre de las naves famosas en el lugar contrario.

Los barcos de gran calado no pueden penetrar en el estuario que forma el Ozama al morir, y han de permanecer en el mar, en la peligrosa zona del Placer de los Estudios. Este nombre, que es bello, parece una recomendación pedagógica o el consejo de un buen padre

convenciendo a su hijo de que estudiar es un deleite. Tiene un origen noblemente académico. Es que, mirando a él, balcón sobre las aguas del Caribe, estaba el pretil limitador del espacio que servía de recreo y de lugar de pláticas o lecturas a los estudiantes de aquella vieja Universidad, la primera de América, trasunto de Salamanca o de Alcalá en los hermosos campos de las Indias Occidentales.

Las aguas del Placer de los Estudios esconden bajo su aparente apacibilidad furias insospechadas que le embravecen y levantan con ímpetu asombroso. Y que a veces no parece ciego ni inconsciente. Allí está, prisionero para siempre entre las rocas. Prometeo del mar, cuyas entrañas de hierro son devoradas por las olas, el acorazado norteamericano "Menfis", que en 1916 fue a amparar con sus cañones la irrupción yanqui en la venerable Quisqueya. Y el Caribe, para castigo y para ejemplo, alzó sus aguas, aunándolas en una oleada formidable, y desde su lejana distancia lanzó al monstruo guerrero a empotrarle entre los peñascos de la costa. Junto a las ruinas del histórico castillo de San Gil ha quedado como un enemigo más de los que se estrellaron ante aquel baluarte representativo de una civilización inmortal.

La Catedral guarda el recuerdo de otra depredación. El Drake consiguió desembarcar, y en la profanación del templo mayor arrebató de sus hornacinas las efigies de los santos que ornaban la portada, graciosa muestra de un sencillo estilo Renacimiento. No fueron sustituidas, para que el vacío de sus lugares recordase siempre la maldad del pirata; mas porque los santos robados no quedasen sin veneración, hubieron de ser pintadas sus imágenes en el muro. Delante de la Catedral, que se halla en el parque Colón, el sitio más céntrico y concurrido de la ciudad, extiende su enlosado una lonja, al lado de cuya verja, el retablo de un Nazareno, con su farolillo por fuera, y por dentro sus candelillas, que cada día aumentan o disminuyen según los votos que ofrenda la piedad, recuerda al viajero las más típicas encrucijadas de las viejas ciudades españolas.

En una de sus capillas conserva esa iglesia la cruz que en el año 1514 fue enclavada en su solar señalando el emplazamiento que había de darse al edificio. En otra, la Virgen de la Guardia, que los Reyes Católicos regalaron a Colón y que Isabel II restituyó a la Catedral dominicana en la breve época de la reincorporación de Santo Domingo a España. La capilla de los Inmortales es el panteón nacional, donde yacen los héroes vernáculos: Sánchez, Duarte, Mella. . . En otra capilla tiene su enterramiento el arzobispo Meriño, famoso orador, que simultaneó su prelación eclesiástica con la presi-

dencia de la República, caso que se repitió con el actual arzobispo Novel.

El templo es en su interior de excelentes proporciones y buena traza de los últimos tiempos del gótico. Pero su armonía ha quedado destruída con el absurdo monumento a los restos de Colón que hay en Santo Domingo, y que resulta una especie de andamiaje de mármol, cuya desaparición sería muy conveniente para la severa y natural belleza de esa iglesia primada. No fue, por lo tanto, ese monumento una de las menos graves consecuencias de la subversión histórica que ocasionó el padre Billini cuando, en 1877, descubrió el cofre fúnebre donde aseguró que habían quedado en la Catedral dominicana los verdaderos restos del descubridor de América, negando autenticidad, o suponiendo que sean los de Don Diego Colón, aquellos que fueron trasladados a la catedral de La Habana y España guarda hoy en la de Sevilla.

Tema es éste cada vez más complicado; y extraño sino el de Colón, de quien no sólo se discute el lugar de su nacimiento, lo cual ha ocurrido con otros grandes hombres, sino, lo que es menos frecuente, las discusiones versan también sobre el paraje de su huesa. Y hasta sobre cómo se llamaba verdaderamente, y más que nunca ahora que surge la versión de que el almirante don Cristóbal (alias Colón) era de apellido Sánchez y yace sepultado en Oliva de Jerez. Pero acerca de este asunto de los restos, ya hemos hablado en un capítulo anterior. El pleito está fallado en favor de los que se guardan en la catedral de Sevilla, y hace poco un historiador norteamericano ha dado en Madrid algunas conferencias confirmando este aserto.

La ciudad de Santo Domingo presenta un aspecto sencillo, tranquilo y agradable. No existen tranvías, y sólo hay un servicio de ómnibus entre los barrios extremos de la ciudad, San Carlos y Villa Duarte. Pero ofrece la curiosidad de que en todo ese mismo trayecto los automóviles se toman por asientos, al precio ordinario del pasaje en el autobús, o en otros sitios en el tranvía, de manera que un coche lleva hasta cuatro viajeros que se renuevan en el camino. Fuera de las calles de este tránsito, la población aparece quieta, como en el reposo de un sueño secular. El cementerio ha venido a quedar dentro de ella, y en la noche, los fúnebres lampadarios lucen entre las luminarias urbanas. Este camposanto aumenta su lúgubre prestigio con el recuerdo de haber sido el lugar donde se verificaban los fusilamientos, dando así un tétrico fondo al patético cuadro y poniendo a la víctima del drama cerca de la tumba abierta. Hoy el cementerio queda

contiguo al parque Independencia, y es un jardín más. Grandes ciudades europeas y americanas, como París, Berlín y Nueva York, han dejado esos jardines mortuorios dentro de sus calles y esa prueba de cariño y de respeto a los muertos, salvándolos del olvido y convirtiéndolos en vergeles los recintos funerarios, es una de las más nobles muestras de la cultura de los pueblos.

La ciudad antigua tiene ya su complemento y considerable extensión en nuevas barriadas de hoteles con jardines. En este ensanche se halla la mansión presidencial, a cuyo pie se agrupan las viviendas de los secretarios de Estado, como los polluelos bajo la gallina que los nutre. Otro lugar típico y curioso de las afueras es Barahona. Así como hay el barrio de los secretarios, existe igualmente el de las meretrices. Sus cubiles, los cafetines y los bailes se extienden en un espacio bastante dilatado, que recuerda los yoshivaras japoneses y el gran burdel de Valencia que el caballero Lalaing conoció y describió a principios del siglo XVI. Las calles del enorme lupanar de Barahona están constantemente guardadas por fuerzas del ejército, que se revelan cada dos horas. Esa conjunción de Venus y Marte ofrece el aspecto de un poblado en estado de guerra, lo cual aparece con toda veracidad cuando se da el apagón en un baile o se produce la reyerta en campal batalla, sin ningún respeto a las efigies de los generales Vásquez y Trujillo, del vicepresidente Chuchú y otras calificadas personas, cuyas efigies, en iluminado retablo, presiden y autorizan el que podríamos llamar salón de actos de alguno de esos liceos de la juventud.

Sombras Insignes

La evocación española surge en la tierra dominicana con tal frecuencia como en cualquier parte de Castilla, y con singular emoción cuando se piensa que es la España de fines del siglo XV la que fue allí trasplantada, y que nos hallamos ante el hito primero con que la civilización hispana marcó su curso por América.

Fuera de la Ciudad Primada, la Vega Real con el Santo Cerro y la ciudad de Santiago de los Caballeros, ya dicen lugares de tradición y de leyenda. Aún más allá, en la costa norte, la lindísima población de Puerto Plata, que con sus casitas de madera, pintadas de blanco o de azul, y sus jardines floridos parece digna de que hubiesen vivido en ella Pablo y Virginia, reposa junto al mar, y como en el regazo de una madre, en la falda de una montaña que otea ingente el Océano y se alza altiva cual su sonoro nombre de Isabel de Torres.

Santiago es la ciudad de los Treinta Caballeros, lo cual suena como a dicho de viejo romance. Tiene, como La Vega sus "tembladeras", terreno movedizo por repetidas agitaciones sísmicas, que obligaron a apartarse de él a los primitivos moradores de ese poblado. Y en la Vega Real el Santo Cerro con el Santo Hoyo, cuyo fondo es fama que asciende y desciende insospechadamente, y la leyenda piadosa de la aparición de la Virgen de las Mercedes para decidir la victoria de Colón en su batalla con los indios, es el trasunto de una Covadonga en las tierras bien amadas del sol, en el momento de abrirse a los resplandores de una nueva luz espiritual.

Pero en la capital es donde se congrega mayor suma de recuerdos, representados por piedras venerables. Desde la torre del homenaje, atalaya que guarda la entrada del Ozama, y que había de dar denominación al ducado concedido al general Serrano cuando la anexión de la república dominicana a España, hasta el castillo de San Jerónimo, antiguo centinela sobre el mar abierto, muchos vestigios hablan en nombre de la Historia. Por la Puerta del Conde ha pasado la gesta. Todavía existe, en su severa línea gótica, el pórtico de los Estudiantes, único resto de la Universidad primera. Sobre la entrada de una iglesia, la hoja de una espada mordida por los años rememora el asesinato de un clérigo.

Bárbara y absurda ha sido la destrucción del templo de San Nicolás, acometida hace pocos años, y del cual apenas queda el arranque de algunos muros y unos cuantos sillares esparcidos por su solar. Esa iglesia, fundada por Nicolás de Ovando, era la segunda edificada en América, ya que la primera hubo de ser la del Rosario, en la pristina, ciudad de Santo Domingo, a la otra orilla del río, y cuyas ruinas permanecen ocultas por el verdor de la vegetación que las cubre, próximas al lugar en que se proyecta la erección del faro colombino.

Las ruinas de San Francisco se ven coronando la Ciudad Primada. La Merced conserva el recuerdo de la estancia del gran mercedario madrileño fray Gabriel Téllez. La iglesia dominica, que es la más importante de la ciudad después de la Catedral, ofrece en su fachada el arte primoroso de su ojo de buey, y en su interior la sorpresa pagana de la capilla, que tiene esculpidos en su bóveda los signos del zodíaco y en sus esquinas unas alegorías de las estaciones del año.

La portada de la remota casa de Moneda es grata muestra de la arquitectura civil en el siglo XVI y remembranza de los tiempos en

que España acuñaba allí su oro y su plata para los indígenas y los españoles de allende los mares. Pero las más insignes ruinas son las del Solar del Almirante. Con este nombre hidalgo es denominado lo que queda de la casa de los Colonos, del alcázar de don Diego, el hijo del descubridor, el que de niño desvalido, ya que tan sólo la desvalidez de su padre le amparaba, llegó a la puerta de la Recibida, que era el último asilo de una gran esperanza, asido temblorosamente de la mano que había de señalar al mundo una ruta de gloria.

Palacio y castillo al mismo tiempo, dominando la desembocadura del Ozama, y alzado uno de sus muros en el mismo adarve de la muralla, su aspecto de construcción guerrera fue causa de la ruina del hijo de Colón, acusado ante el trono de España de disponerse a erigirse soberano independiente de las tierras descubiertas por su padre y prepararse con la construcción de una fortaleza a defender su principado. Hasta principios del siglo XIX se conservó sin detrimento la histórica mansión. Un temblor de tierra comenzó la obra destructora, y la invasión haitiana la supo continuar dignamente. Las columnas de la galería, traza de solana de Castilla, fueron arrancadas por el gobernador intruso para los porches de la residencia que se hizo construir, y está actualmente ocupado por el Senado. Rota la cohesión de la fábrica, la acción de la intemperie y la rapiña para apoderarse de las piedras prosiguieron el desmoronamiento.

Sin embargo, aún quedan en pie sus muros principales y parte de su distribución interior. Su estado podría permitir la reconstrucción, bien que a su belleza emocional sería suficiente y hasta preferible, ante el temor de algún exceso arquitectónico, la consolidación de lo que existe. Se conserva la escalera de la torre y el aposento con el ventanal desde el que la esposa de don Diego, doña María de Toledo, contemplaba el mar y avizoraba la llegada de las naves. "Es el balcón de doña María", dice el pueblo, y lo dice con un respeto cariñoso, como referido a una figura familiar y amada.

El alcázar de Colón está habitado. Una familia menesterosa ha hecho su vivienda en un rincón de las ruinas, y cuida un huertecito en el adarve. Era en un dulce atardecer del estío cuando yo visitaba el memorable lugar, y la hortelana me sorprendía con el relato de sucesos maravillosos. El alcázar está habitado también por ínclitos fantasmas. Las sombras ilustres de sus fundadores le visitan, o acaso no han salido de allí. En la noche, ella ha visto a doña María de Toledo, a don Diego y a don Bartolomé Colón. Describe la prestancia de sus figuras, lo apacible de su semblante y los detalles de su indumento.

Mientras tal me refiere, ha caído por completo la tarde. Una niña, hija de la mujer que me habla, ha llegado en sus juegos hasta frente a la puerta de la torre, y la vemos retroceder espantada. Acócese a su madre, y grita que no quiere volver al sitio en que se hallaba. — ¡Está la monja! ¡Está la monja! — clama angustiada la chiquilla.

Y cuenta cómo ve a una dama de blanco ataviada, que ella juzga vestida con hábito monacal, y cuya luenga vestidura puede ser la de cualquier dama de hace cuatrocientos años.

—Ella ve a doña María— afirma la madre, haciéndose necesario entretando apartar del huerto a la niña, que sigue lloriqueando convulsa.

No sin cierto temor supersticioso he llegado a la puerta de la torre, desde donde se pasa al aposento del balcón. No he visto nada. Pero eso no quiere decir que no lo vean otros seres a quienes haya sido concedido ese don. Y en el umbral de la puerta misteriosa me detengo, porque nada debe turbar a la sombra insigne de doña María de Toledo, cuando llora junto a su balcón la añoranza de unas naves que no volverán más.

Lilis

Entre la copiosa abundancia de presidentes que ha tenido la República dominicana, destácase especialmente, y, entre otras razones, por la duración de su mandato, Ulises Heureaux. Con la afición que en el país existe a sustituir nombre y apellidos por un apodo de familia, llamábanle Lilis, denominación que parece corresponder a un perrito faldero o a una linda y menuda cortesana. Sin embargo, en este caso aplicábase a un negro fornido, de cuerpo vigoroso y alma templada en todos los combates. Sucedió al arzobispo Meriño y gobernó desde 1884 hasta 1899. Dejó de gobernar por lo único que él podría abandonar el Poder: porque sus enemigos consiguieron darle muerte después de muchas tentativas, pues de vivir, es posible que todavía estuviese gobernando, y casi seguramente no habría sido entonces tan factible la intervención norteamericana.

Era Lilis un hombre extraño, que llegaba hasta la genialidad. Su instinto político, certero; eficaces sus dotes de gobernante, y rasgos de una sagaz habilidad solían combinarse con la ferocidad de su energía. Amante de su patria, ocupóse de su desenvolvimiento, y dejó un regular ejército y una pequeña marina de guerra. (Las fuerzas

militares actuales son de dos mil hombres. v Santo Domingo no posee ni un cañonero.) Llegó a disponer de elementos eficientes para una guerra con Haití, que le hubiese permitido llegar de una manera audaz y rápida a ocupar Port—Príncipe e imponer antes de la evacuación un Tratado, con el que ahora quisieran contar los dominicanos para evitarse la enfadosa cuestión de los límites con la nación vecina.

Pero no es de las glorias guerreras y políticas de Lilis de lo que yo quiero ocuparme, sino de su interesante personalidad y su curioso carácter, que parece buscar su sitio en las páginas de una novela o en el escenario de un drama.

Fronroso es su anecdotario, en el que cada episodio revela una faceta psicológica de aquel personaje singular. En cierta ocasión, Francia le envió un emisario para entender en la reclamación por el allanamiento de un Banco de aquella nacionalidad. El enviado viajaba con su mujer, y ambos fueron recibidos con toda clase de atenciones y de agasajos por parte de Lilis. Pero pasaba el tiempo y la reclamación no progresaba. Un día, la embajadora advirtió que de su cuarto en el hotel había desaparecido el cofrecito donde guardaba sus joyas. Consternada dio cuenta de ello a su marido, y el representante de Francia apresuróse, indignado, a denunciar a Lilis el hecho escandaloso. Lilis compartió su indignación, y le manifestó su propósito de que el robo no quedase impune.

Transcurrieron dos días, y el enviado francés vió detenerse ante la puerta del hotel en que se hospedaba, el coche del presidente. Aquel honor le conmovió, y más cuando Lilis le hizo saber que las alhajas habían sido recuperadas, y que él había querido llevarlas personalmente. El matrimonio se deshizo en frases de sincero agradecimiento, y cuando Lilis se hubo marchado, la señora apresuróse, con el natural regocijo, a volver a contemplar sus joyas. Su sorpresa fue enorme al comprobar que el cofrecillo no sólo contenía las preseas que encerraba al desaparecer, sino bastantes más y de mucho más crecido valor. Marido y mujer comprendieron todo el alcance de la gentileza, revelándose al mismo tiempo el misterio de la desaparición del cofrecito, y sin más gestiones en el asunto que allí le había llevado, el enviado abandonó Santo Domingo en el primer vapor.

Para exigir una indemnización por la muerte violenta de uno de sus ciudadanos, mandó Holanda otro representante. Este viajaba sin esposa, y por la altivez de sus palabras y lo apretado de sus exigencias

no le mereció consideración ninguna al general Heureaux. La respuesta que tuvo para sus reclamaciones hubo de ser concisa y convincente: —Si por ese muerto me pide tal cantidad, ¿qué es lo que usted cree que yo tendría que pagar a Holanda por un cadáver como el de usted?

El holandés, menos contento que el matrimonio galo, embarcóse también sin pérdida de tiempo.

Quiso desprenderse de un hombre prestigioso, al que le convenía despachar con un procedimiento que tuviese aspecto de legalidad. Por ese tiempo vivía refugiado en Santo Domingo un poeta venezolano, gran enamorado, diestro tañedor y cantor hábil de sus propias estrofas. Ardía en amores este vate, prendado de la mujer de aquel personaje, dama fiel a sus deberes conyugales y resistida siempre a la apasionada solicitud de su galán. Pero en la noche oía desde su ventana las dulces serenatas del trovador.

El negro Lilis hizo de Yago para encender en la celosa furia del blanco Otelo. Hízole creer que su mujer atendía las pretensiones del poeta, y le refirió la complacencia con que ella escuchaba sus nocturnas canciones, prólogo de pláticas amantes, a las horas en que el marido permanecía ausente del hogar. Bien conocía Lilis en qué pólvora encendía la inflamada mecha. Una noche, al pie de la ventana de las trovas, el revólver del celoso cortó con sus disparos la amorosa cantiga y la existencia del cantor.

El matador fue preso y sometido a la sanción de la justicia. Convicto de asesinato, cayó sobre él la sentencia de muerte. Y todavía en capilla confiaba en que sería salvado por el presidente, su amigo. Cuando se convenció de que el general desoía sus súplicas, comprendió camino ya del cadalso, no sólo que su mujer era inocente, sino que otra víctima del crimen era él mismo, impulsado a la sangrienta acción, por quien necesitaba verle morir.

Sospechó traición en un ministro de la Guerra, y una mañana, después de que hubo despachado con él, invitóle a acompañarle a Azua, donde aquel día iba a ser fusilado un acusado de traidor a la persona y a la causa del presidente. Presenciaron la ejecución, y, al caer el reo, el ministro tuvo una frase de adulación al tirano:

—Muy bien, mi general. Así hay que hacer con los traidores.

Celebro que sea usted de esa opinión. Y, de acuerdo con ella, pase usted ahora mismo a ocupar el puesto del hombre que acaba de caer.

De este modo le dijo flemático Lilis, y pocos instantes después, el ministro era abatido por las balas de los soldados.

Cuando creía apercibir en algún político aspiraciones a sucederle, le llamaba y sondeaba su ánimo, dándole a entender que podría ser, efectivamente, su sucesor. Si el interlocutor era sensato no se dejaba caer en la celada, y aseguraba al presidente que ni había pensado en tal cosa, ni creía que hubiese nadie capaz de continuar su obra política. Solamente así, y renunciando de verdad a toda ambición, podía marcharse tranquilo. Pero si era tan poco discreto que aceptaba la posibilidad de la herencia, ya podía contarse en el imperio de Plutón, y con gran celeridad si acudía a un banquete con que le brindara Lilis, cuyos convites eran fatales, como los de los Borgias.

Los postreros años de su mandato coincidieron con los de la última guerra de la independencia de Cuba. Lilis era amigo de los españoles; pero la vecindad de su República con la gran Antilla y las muchas relaciones de los libertadores cubanos con Santo Domingo hacían que transigiese con una ayuda a ellos, permitiendo la salida de algunas expediciones de hombres, municiones y vituallas. A veces avisaba a las autoridades españolas de que algunos de esos barcos se había hecho a la mar. Y como alguien le reprochara de tibieza en su auxilio a los separatistas, le contestó de esta manera: —Usted no tiene en cuenta que Cuba es mi amante; pero España es mi esposa.

Por la noche solía salir solo y disfrazado a recorrer la ciudad; unas veces para sorprender secretos políticos y posibles conspiraciones, y otras en son de amorosas andanzas. Aún existe, a un extremo de la ciudad, cabe la flota, en un paraje al que ya ha llegado la población, pero que en aquel tiempo era apartado del tráfico urbano, al que todavía es llamado jardín de Lilis. Un hotel rodeado de tupido jardín, que era la residencia galante del tremendo negro, cuya estirpe africana no era óbice para sus rijosos empeños acerca de las damas caucásicas. Y ese hombre singular dió alguna vez a su crueldad un aspecto caballeresco.

Sigue siendo una pregunta popular en Santo Domingo: ¿Dónde está Chibidón? Chibidón, o “el hombre del guiro”, era un músico que tocaba en los bailes ese típico instrumento criollo. Una noche

formaba parte de la orquesta en un sarao al que asistía el presidente. En uno de los descansos vió, por su mal, a Lilis en un balcón de la más apartada sala de la casa, en íntimo coloquio con una señora principal. Luego, en ocasión que encontró propicia, cuando todos los invitados se juntaron ante las mesas donde estaba dispuesto un refresco, creyó halagar el orgullo donjuanesco del general, dándole a entender que había sorprendido la escena, y celebrando la excelencia de la hembra.

—Buena gallina, mi jefe.

— ¡Ah! ¿De manera que usted lo vió? Esta buena, compay.

Y a la salida del baile desapareció Chibidón, víctima de su villana necedad, por haber dejado saber que sabía flaquezas del señor. Créese que bajo uno de los copudos árboles del jardín de Lilis tiene su sepultura.

No se podrá decir si angustiaba a aquel hombre una recóndita tristeza por su color, o si, al contrario, sentía cierto orgullo de su raza en la que él era un ejemplar de dominador. Una amarga ironía había en sus palabras cuando de ello tenía que hablar. Un individuo de tez como la suya, fue a él en demanda de dinero para enterrar un hijo suyo, al cual llamaba su angelito.

—Y dime— le preguntó Lilis—, ¿ese muchachito era, naturalmente, de tu color y el mío?

—Seguro.

—Entonces no es un angelito. Es un muertico. Y en otra ocasión, cuando le dijeron, adulando su hombría, que nadie le había visto llorar, supo decir: —Es que los negros lloramos de noche.

Considerábasele invulnerable, y sus corraciales le tenían por brujo, contra quien nada podía la acción de las armas. En el último atentado, sus asesinos llegaron a aterrarse, como los de Rasputín, ante su resistencia para sucumbir y lo asombroso de su defensa. Al fin, murió; pero con más fiereza que la que demostró después al morir su matador, Ramón Cáceres, que fue a su vez también presidente de la República, y también asesinado; eslabones de una cadena sangrienta, como los postreros Césares de Roma, o más exactamente, la trágica sucesión de hospodares de los caóticos Balkanes.

El Diablo Meckler

El puritano Wilson estaba ya acechando el instante oportuno para caer sobre el viejo continente, en hipoteca armada, so color de que venía a defender la libertad y la justicia, y vislumbraba la ocasión, que le fue deparada en Versalles, de destrozar el mapa de Europa y dejar preparadas nuevas contiendas que la destrozasen más todavía en el porvenir. Entretanto, aquel hombre beatífico, dispuso la intervención en Santo Domingo.

Los norteamericanos habían caído sobre Veracruz e invadido Méjico por su frontera con la expedición punitiva de Pershing, que resultó punitiva, en efecto, pero con la diferencia de que hubieron de ser los mejicanos quienes castigaron a los yanquis. Puerto Rico y Panamá eran como los machones de un puente que enlazara las vías de su imperialismo. Cerníase el águila sobre Venezuela, atisbando la riqueza de Zulia y olfateando petróleo, como la lechuza olisquea el aceite de las lámparas en las iglesias. Nicaragua figuraba en el programa de sus presas futuras.

El austero cuáquero llevó implacablemente las armas sobre la República dominicana, y la manifestación naval quedaba insolente, desafiando a la Ciudad Primada desde las aguas del Placer de los Estudios, con dos acorazados de la poderosa flota. Uno de ellos, el "Menfis", fue lanzado por una ola gigante a quedar prisionero entre las rocas de la costa. El otro encontró su salvación en la pronta huída.

Cuando desembarcaron las tropas, la indignación del pueblo ofendido cuajó en el heroísmo de una acción individual. Un jovenzuelo abrióse paso entre los soldados invasores y preguntó quién era el jefe que los mandaba. Señaláronle cuál, y el mancebo dióle muerte, sin que la sorpresa y el estupor de los presentes pudiera impedir el hecho ni permitiese aprehender al arriesgado matador. Ese fue el héroe Gilbert, que continuó afrontando estoico los más graves peligros, prolongó su odisea víctima de la traición, salvó la vida, en fin, y hace un año luchaba en Nicaragua al lado de Sandino.

Norteamérica se ensañó, enviando como fuerzas de desembarco la infantería de Marina, en la que se alistan hombres de las más diversas procedencias.

Son gente nada recomendable, originaria de países diferentes, y

que a los mismos jefes del ejército norteamericano inspiran comentarios de horror. Entre los desembarcados en Santo Domingo figuraban bastantes portorriqueños, portorriqueños renegados, desde luego, y a los que la bella Borinquen debe ver con gusto alejados de su suelo. Se les elegía para tal fin porque, pudiendo hablar el castellano, eran útiles en la intervención. Pero aunque, como es natural, Puerto Rico no tenía la culpa, el recuerdo de aquella soldadesca hace que el pueblo dominicano sienta cierto resquemor hacia la isla vecina.

Dos oficiales habían llegado a conseguir que se destacaran sus nombres y sus hazañas en aquel derramamiento de crueldad. Más todavía que en el campo entre los "gavilleros" (denominación que se daba a los guerrilleros sueltos que en valles y montañas combatían bravamente por la independencia del territorio), aquellos eran temidos en la ciudad capital teatro frecuente de sus bárbaros excesos. Huéspedes del mejor hotel de la ciudad, su entrada en el comedor significaba el desalojamiento del local por el resto de la concurrencia. Ebrios continuamente, su exaltación alcohólica desnudaba toda la brutalidad de sus instintos. Como los espejos y todos los elementos del ornato del salón los habían destrozado desde el primer día y no era fácil su reposición frecuente, los disparos de las pistolas de los dos forajidos se sucedían ciegos, buscando el azar de una víctima humana.

Aquellos monstruos se llamaban Meckler y Taylor. Y entre ambos la prelación en la monstruosidad, aunque a veces hubiera sido difícil de discernir, correspondía a Meckler. No hacía distinción entre el campo y la urbe para la cacería de hombres. El historial de sus crímenes sería un copioso catálogo de las más atroces manifestaciones del morbo sanguinario. Y habría sido el mito del terror si una dolorosa realidad no demostrase la verdad de su existencia.

Los horrores cometidos entonces en Santo Domingo, como los que en este mismo siglo XX acontecieron en Putumayo, y en el XIX los que ejecutaron en Inglaterra y Francia en los países que pretendían colonizar, y la saña con que en esa centuria los norteamericanos exterminaron a los indios en su territorio, podrían, ciertamente, servir para ser puestos enfrente de la famosa leyenda negra con que se ha querido entenebrecer la historia de España. No se tiene en cuenta que esta leyenda tiene su origen en los historiadores de aquel tiempo adictos a Isabel de Inglaterra, quienes no se fijaban, por ejemplo, en que Miguel Servet no fue quemado en España ni por españoles. Savonarola y Giordano Bruno tampoco fueron víctimas de la Inquisición

hispana. La Historia tiene mucho que rectificar. Así debe recordarse que don Pedro I de Castilla es el Cruel porque su vida fue narrada por los cronistas de su hermano, el fratricida vencedor. Y don Enrique IV es el Impotente, y la princesa doña Juana es la Beltraneja porque la crónica de ese reinado la hicieron los cortesanos de Isabel la Católica.

Cerrando el inciso, volvamos a Meckler, el trágico oficial norteamericano. Llamábanle “el Diablo”. La invocación de su nombre, la sola amenaza de su presencia movían a espanto e infundían pavor en todos los ánimos. Una vez detuvo en el campo a un viejecillo que cabalgaba un asno y porteaba en él unas vituallas. Dio en suponer que eran víveres para un “gavillero” oculto, y conminó al infeliz anciano para que le revelara el escondite del patriota. Fue en vano que el pobre hombre manifestara y jurase que aquellas provisiones eran para su sustento. El diablo Meckler hizo que ataran al viejo a la cola de un caballo azulado en carrera veloz. Hechos como este eran episodios menores en su historia. En más de una ocasión encerraba familias enteras en una casa: viejos, mujeres y niños, y cercando las viviendas con soldados para disparar sobre quienes pudieran abandonar el encierro, prendía fuego a la vivienda, construcción de madera propicia a la fácil combustión, y presenciaba el criminal espectáculo, impasible a los gritos desesperados y pronto extinguidos, de sus víctimas.

Tales fueron los excesos de las fuerzas de desembarco, y, en especial, tan sangrientamente destacadas las tétricas figuras de Meckler y Taylor, que el Senado Yanqui envió una Comisión para conocer esos hechos y juzgar a los culpables. Meckler y Taylor hubieron de ser condenados a muerte. Taylor llegó cobarde al suplicio, acabando su ignominiosa vida con una muerte digna de ella. Pero Meckler se libró del cadalso. Una mano misteriosa, burlando toda vigilancia, le dio un arma para que se suicidase.

La sorpresa de la muerte de Meckler no se limitó a su manera de morir. Cuando desnudaron su cuerpo hallaron tatuadas en su pecho las aguilas germánicas. Y en sus bolsillos una carta suya que revelaba su personalidad y explicaba sus crímenes. “Soy —decía— un oficial del Ejército alemán. Los Estados Unidos están en guerra con mi patria y han acometido esta brutal empresa de la ocupación de Santo Domingo. Yo he logrado alistarme en su Ejército y tener un grado en él. Todo esto me era necesario para venir a la tierra invadida y extremar las crueldades, haciendo cada vez más odioso el nombre yanqui. Con gran dolor he hecho tanto mal. Una necesidad de mi alma me obliga a confesarlo. Pero yo sabía que las maldiciones que provocaba

no caían sobre mí, sino sobre la nación que yo también maldigo”.

Esa es la historia del diablo Meckler. No se borrarán sus crímenes por ello; pero tiene una dramática grandeza.

La Isla Entregada

Bella tierra es Santo Domingo, la antigua isla española, tan señera en la historia del descubrimiento de América, y cuya capital ostenta el título de Ciudad Primada, como ejecutoria, de su prioridad entre las de más abolengo en el nuevo continente.

Deleitoso es su paisaje, lo mismo en la dilatada llanura de la Vega Real, espléndida muestra de la fertilidad de las tierras del trópico, cual en las ingentes montañas cubiertas de perenne verdor, por cuyas alturas pasa a veces el caminante envuelto en una nube o dominando la que se ve flotar como una muchedumbre de ingravidos vellones sobre las profundidades de los valles.

Aún tiene la venerable Quisqueya parte de su territorio inexplorado y sin explotar la mayor extensión de su feracísimo suelo. Hay que temer ya, sin embargo, por la suerte de sus bosques frondosos, amenazados por el capital norteamericano, presto a abatirlos para que dejen lugar, como en Cuba, a vastas plantaciones de caña de azúcar. El águila de la Unión la acechó largo tiempo, y ya la tiene entre sus garras como a Haití, el otro Estado coinsular, sin que haya una diferencia esencial por el hecho de que haya retirado de la República Dominicana sus fuerzas de ocupación y sostenga su intervención en el país inmediato.

Amargo destino el de esa tierra tan hermosa y el de ese pueblo, víctima de una sangrienta sucesión de tiranuelos que lo han vilipendiado y expoliado y hecho sucumbir finalmente a la codicia de una nación poderosa y absorbente, a la que, después de una lucha en que los gavilleros recordaban a los guerrilleros hispánicos, desde Viriato hasta El Empecinado, ha sido entregada en la paz por unos políticos logreros que acaso no lleguen a alcanzar ni la maldición de la Historia, porque la mezquindad de sus figuras les haga imperceptibles al atisbo de Clío.

¡Qué triste espectáculo el de las luchas por el Poder a espaldas de la única voluntad que puede conferirlo! Ramón Cáceres y otros ambiciosos conspiran para dar muerte a Lilis, el Ulises Heureaux

cuyo recuerdo ha alcanzado prestigios legendarios. Así se deba la sucesión a la presidencia de que fue despojado con la vida aquel tremendo negro, tal vez el más interesante personaje de su raza después de Toussaint Louverture, en la historia de la isla. Cáceres, que había sido uno de los que personalmente asesinaron a Lilis, es, a su vez, muerto por otros, uno de los cuales era últimamente alcalde de la capital. Un jefe de fuerzas pretorianas hace el ensangrentado regalo del sillón presidencial a su deudo Eladio Victoria.

Después de la intervención americana, el partido nacionalista, que entonces inició estóicamente la línea de conducta que había de proseguir en su ejemplar peregrinación por el desierto de la política vernácula, es la única muestra de pública dignidad ante la continuada abyección que ha entregado al enemigo la patria, traicionando la independencia de su suelo y el fuero de su raza.

Varia y pintoresca es, en tanto, la fauna que vive y medra en campo detentado. Señálase en ella el viejo palurdo analfabeto, menguado "vale" del campo, que no es sensible a más manifestación de cultura que las piruetas de Terpsícore, única musa que sobre su ser influye, aunque para él sería una revelación que le dijese el nombre de la quinta hija de Mnemosine. A pesar de sus años y de su grotesca torpeza, que hacen recordar al oso danzante de la fábula, dedica completa su actividad al ejercicio coreográfico, sustituyendo toda inquietud ideal por el corporal vaivén en movimiento de traslación y de rotación al compás de una canción exquisita cuyo delicado estribillo dice así:

*Menealo, menealo,
que se empelota.*

Gracioso monigotillo de ese retablo es el doctor José Dolores Alfonseca, conocido vulgarmente por el elegante remoquete de "Chuchú", que lo mismo puede ser aplicado también a una negra galante o a un perrito faldero. Pero bien es cierto que a un hombre que se llama Lola (cuya camisa se ha llevado el tío Sam) ya cabe que de apodo le denominara "Chuchú", y todo está en armonía en una situación en que se llama don Bimbo el próximo pariente de un destacado personaje.

Pasando por Moca, después de enseñarnos el lugar donde, vendiéndola a buen precio, perdió la vida Lilis, nos hicieron reparar en cierta casita que frontera se halla. Es una exigua construcción de

tablas, cuya fachada tendrá unos tres metros de anchura. Aquí podría ser utilizada, junto a la vía férrea, como caseta para un guarda-agujas. Pues bien, allí nos hicieron saber que era "Chuchú" quien había hecho que se la comprara el Estado en cuarenta mil dólares. Cerrada permanece porque no tiene aplicación para nada, como no sea para mudo, pero elocuente testimonio de despilfarro y cinismo.

"Chuchú", cuyo ridículo tipejo y su cara de chata nariz y hociquito baboso corresponden perfectamente a la imagen de un can de damisela más o menos liviana, no desentona en una oligarquía de homicidas. Otros ejercitan el puñal, la espada o el arma de fuego. El, sin que se niegue la posibilidad de tales procedimientos, es médico y ejerce implacablemente su peligrosa profesión. Precisamente, encontrándome yo en el país, tuve ocasión de compartir el dolor general que causó la muerte de un hombre esclarecido, Osterman Lamarche, quien sucumbió a una operación quirúrgica perpetrada por "Chuchú".

La inmoralidad que más descaradamente ha herido a la República fue la de poner la Secretaría de Relaciones Exteriores en manos del abogado de las más poderosas Compañías norteamericanas radicadas en la isla. De la propietaria del "Central Romana", el ingenio que constituye un Estado dentro del dominicano, con su Policía propia que no deja intervenir en su jurisdicción a la nacional, y su puerto con sus funcionarios de inmigración al modo yanqui, traba desconocida en los restantes puertos de Santo Domingo.

Ante tales claudicaciones de la soberanía y tal ofensa a la decencia política, apenas si resalta la rapacidad de Trujillo, otra hechura de los norteamericanos, quien cobra bien su oficio de guardaespaldas, pues se le calcula que percibe más de quinientos dólares diarios, ya que disfruta el monopolio de todos los suministros al ejército, desde el indumento hasta las vituallas, y algo que sería gracioso si no fuera cruel, como es que, monopolizando el servicio de peluquería en los cuarteles, se ha declarado su uso obligatorio a diario, así es que, lo utilicen o no, por ser barbilampiños, todos los soldados dejan forzosamente una cantidad de su jornal para el poseedor del privilegio.

Hay, con todo, quien, a pesar de no contar con otra condición positiva que la de hombre valeroso se estremece cada vez que oye decir que está disgustado y presto a lanzarse a la lucha Estrella Ureña, director del partido republicano, joven inteligente y brioso que inspira temor personal a pechos que pasan por esforzados y que, habien-

do en plena mocedad ocupado puestos sobresalientes, es hombre de quien su país podría esperar mucho si fuese leal a toda su legítima ambición y no le hiciese infidelidades por impaciencias que le llevan a menos distancia de la meta a que le es posible llegar.

Los ciudadanos de Santo Domingo, que firmes en el ejército de una higiene espiritual se resisten con denuedo a penetrar en las zonas mefíticas de la indignidad, no pueden transigir con quienes obligaron a vivir expatriados, acogidos felizmente a la generosa hospitalidad cubana, en La Habana y en Santiago de Cuba, respectivamente, al poeta Bazil, desposeído arbitrariamente de su representación diplomática, y a Morillo, de tan gallarda actitud como ministro en La Habana cuando la ocupación de su patria por los americanos del Norte, uno y otro perseguidos y maltratados por los oligarcas que en párrafos anteriores quedan clavados, si no como en una picota, ya que ni en la sanción merecen grandeza, al menos como deformidades entomológicas ensartadas por un alfiler en el cartón de un coleccionista.

Entretanto, impoluto como el armiño, que prefiere morir antes de pasar por el lodo que mancillaría su albura, el partido nacionalista, es decir, el de la independencia pura y absoluta, contra toda inmisión de los norteamericanos en la vida dominicana, mantiene su fervor con un ejemplo de decoro que le hace vivir apartado de los que entregan su país a los americanos sajones y proceden como apoderados de los captores de pueblos. Así, el respeto de las gentes honradas se dirige a figuras como el venerable Castellanos y el inspirado Prudhomme, autor del Himno Nacional, que viven en el delicioso retiro de Puerto Plata y el gran Américo Lugo, príncipe de las letras, y serenamente heroico en su civismo ante los invasores, que en la capital, recogido en su estudio del parque Duarte, reside espiritualmente a miles de leguas de la ciénaga política que le rodea.

Las Disputas de la Isla Española

La cuestión de los límites con Haití continúa, al cabo de los tiempos, preocupando al pueblo dominicano, y es en estos momentos una de las que más le mueven a inquietud. Al pueblo, dicho está, y no a quienes se arrojan su representación, y que tienden a resolver ese pleito atendiendo a unos dictados que no son los de la voluntad y la conveniencia nacional.

Largamente secular es el litigio este, que arranca de una dejación

del poderío hispano al iniciarse la decadencia de la Casa de Austria. Descubierta por Colón la isla que entre los indios era conocida con los nombres de Quisqueya, Babeque y Haití, el almirante le dio el nombre Española. Diez y seis años más tarde comenzaron los colonizadores a darla la denominación de Santo Domingo, que había de prevalecer sobre la anterior. La atracción del Nuevo Mundo recién descubierto y el incentivo de sus riquezas, llevó a sus mares nautas de distintos países europeos, deseosos de disputar un botín a la nación descubridora, y comenzaron las contiendas, ya navales, ya en el interior de las costas, de opulenta leyenda.

Al mismo tiempo que las depredaciones de los filibusteros que tenían su base de operaciones en la isla de Tortuga, existía un comercio prohibido que hacían los españoles habitantes de la parte norte de Santo Domingo con holandeses y portugueses, contraviniendo una disposición que les vedaba entablar negocios más que con la metrópoli. Una Real orden del año 1625 castigaba ese tráfico ilícito, mandando destruir las poblaciones de la parte septentrional de la isla, y abandonada esa línea costera no tardó en ser ocupada por los bucaneros, afines de los filibusteros, habiendo así atraído el Gobierno español al enemigo dentro de su propio territorio. La lucha fue en los campos, continuada y feroz, y en 1665, sabiendo Francia que era importante el número de franceses que se habían establecido en el territorio occidental de la isla, les envió un gobernador para protegerles y administrarles.

La paz de Nimega termina las hostilidades de España, Francia y Holanda, y en Santo Domingo hay un cambio de saludos corteses entre el gobernador de los colonos franceses y las autoridades españolas, que así, implícitamente, cometían el error de reconocer aquella potestad intrusa. Roto el Convenio de Nimega en 1689, el gobernador francés de Santo Domingo recibió orden de invadir y conquistar los dominios españoles de la isla, comenzando una sangrienta pelea, a la que puso fin el Tratado de Riswick, en las postrimerías del reinado de Carlos II, pues cediendo, según él, España a Francia todas las conquistas hechas por las armas de Luis XIV durante la vigencia del Tratado de Nimega, Francia consideró incluídas en ellas las de la isla de Santo Domingo, aunque no se las nombraba en el Convenio de Riswick.

De ese modo, con la más triste incuria, permitió España, a fines del siglo XVII, la primera desmembración de su imperio colonial.

En 1716 acontece el primer acuerdo, que podríamos llamar oficial, para la fijación de límites entre las dos colonias y las disputas y colisiones con motivo de diferencias fronterizas se suceden hasta el Tratado de Aranjuez, en 1777. Con él ya parecían quedar seria y definitivamente marcadas las señales divisorias; pero diez y ocho años más tarde, la paz de Basilea las hace inútiles, ya que en su virtud, pasa a ser francesa toda la isla. Godoy entregó, merced a ese Convenio, la isla dominicana.

Una singular trascendencia de ese Tratado fue la de dar origen al litigio de los restos de Colón. Para que no quedaran en poder de los franceses hubieron de ser exhumados entonces de la catedral de Santo Domingo y trasladados a la de La Habana los despojos mortales que se tenían por los del descubridor del Nuevo Mundo. Y que al cesar en las Antillas la soberanía hispana regresaron a España, recibiendo sepultura en la iglesia mayor hispalense. En 1877, sin embargo, el padre Billini manifestó que los verdaderos restos del almirante acababan de ser descubiertos por él en la catedral de Santo Domingo, y que los que se llevaron los españoles eran los que de don Diego, el hijo del revelador de las Indias occidentales. Terrible consecuencia de esta dualidad ha sido que la noble y sencilla belleza de la catedral dominicana se haya visto echada a perder por un absurdo mausoleo, más lamentable todavía que el que con análogo motivo perturba la majestad del primer templo de Sevilla. Pero ya hemos dicho cómo es inverosímil que se equivocaran, y menos con intención, los exhumadores de 1795, época en que el sentimiento de independencia no existía aún de un modo fervoroso entre los indígenas, y en cambio había un interés por parte de los españoles en no abandonar al extranjero aquellas reliquias que se estimaban como parte del acervo glorioso de la nación descubridora.

Solicitada Francia por sus conmociones interiores, no se apresuró a tomar posesión de la parte hispánica de la isla. El gobernador de la colonia francesa, Toussaint Louverture, lo hizo espontáneamente en 1801, y la República gala, desaprobando su conducta, envió al siguiente año un general y considerables fuerzas para ello. Mas el día primero del año 1804 Haití proclamó su independencia, siendo, aparte de la América sajona, la primera República que surgía en el mundo colombino.

Después de la considerable figura de Toussaint Louverture, tiene el nuevo Estado haitiano la presidencia de Petion, y la escisión que provoca Henry Christophe sublevando la parte norte de la reciente República, que convierte en monarquía aquel negro extra-

ño y fastuoso, a quien su megalomanía indujo a llenar su reino de palacios, adelantándose a la locura de Luis II de Baviera, y cuyo fin había de ser también entre las sombras del suicidio. Las contiendas intestinas de Haití fueron aprovechadas para un levantamiento españolista en Santo Domingo, y en 1814 el Tratado de París devolvía oficialmente a España su territorio dominicano. Intenta Núñez de cáceres en 1821 la independencia bajo la protección de la gran Colombia, y al siguiente año una invasión haitiana, dirigida por Boyer, sojuzga de nuevo la parte española, que queda dominada hasta 1844, en que se realiza heroicamente la separación y nace la República dominicana, la cual prosigue su vida de libertad, sin más que el breve paréntesis de 1861 a 1865, en que se incorpora a España.

Desde el año 67 hasta ahora son incontables los arreglos, convenios e incidentes derivados de la cuestión de límites, agravada desde que en 1915 iniciaron los norteamericanos su intervención en Haití. Los oficiales yanquis siguen siendo quienes mandan las fuerzas haitianas, y esto hace más peligroso cualquier suceso de los que siguen repitiéndose en la indecisa raya. El secreto, como el de casi todos los litigios territoriales en que Norteamérica interviene, es, sencillamente, que en las tierras disputadas existen yacimientos de petróleo. Y hemos de repetir que el secretario de Estado que tiene Santo Domingo es el abogado de las grandes Compañías norteamericanas explotadoras de la riqueza del país.

He ahí en lo que han venido a parar tantas contiendas seculares entre una y otra parte de la antigua isla española. Si la providencia de la Historia no lo remedia, ya no tendrán que discutir sus líneas fronterizas, porque, como a los conejos de la fábula, les captará el enemigo mientras discuten acerca de galgos y podencos.

Ciclón

Rumbo a Puerto Rico. La antigua isla Española tiene comunicación con Borinquen sólo un día a la semana: los martes. Pero, en cambio, ese día hay para ello dos vapores de líneas diferentes. Más lógico y más útil para el servicio interinsular sería que esos dos barcos hiciesen su recorrido en días diferentes, con lo que se obtendría una comunicación bisemanal; pero ello implicaría un acatamiento al buen sentido, del cual no conviene abusar en estos climas.

He tenido, pues, dos naves para elegir entre ellas. El vapor "Coamo", de la Porto Rico Line, barco grande, cómodo, bien aten-

dido en todos sus servicios y que saliendo a las seis de la tarde llegará a San Juan de Puerto Rico a las seis de la mañana siguiente. Sólo un inconveniente ofrece esta embarcación al viajero: la de que es menester otra navegación previa en una gasolinera para ir a buscar al "Coamo" en mar abierto, arrostrando las molestias del paso por la desembocadura del Ozama y las siempre inquietas y con frecuencia peligrosas aguas del Placer de los Estudios.

El otro barco sale a la una de la madrugada del miércoles, para llegar a su destino a las primeras horas de la mañana del jueves. Tarda más en la travesía porque antes de apartarse de la isla cara al gran almirante hace escalas en San Pedro de Macorís y en el puerto de La Romana. Puede, en cambio, ser preferido porque su menor calado le permite penetrar en el río y atracar al muelle, ofreciendo esa facilidad para el embarque. Pertenece a la Bull Insular Line, se llama el "Catherine" y arbola la poderosa y benéfica bandera de la Unión Panamericana.

He optado por él. Y para evitarme unos minutos de descomodidad en el tránsito marítimo hasta el "Coamo", me he procurado, en vez de un viaje de treinta horas, seis días de angustia y de zozobra en espantosa vorágine. El barco no ha salido a su hora. Al filo de la una sube a bordo una alegre pasajera, a quien da escolta un grupo de admiradores, dispuesto a combinar el estrambote de una despedida que debió haber tenido su punto final en tierra. Organízase la zambra con agravio del silencio y del sosiego del pasaje, ya en su mayoría entregado al reposo, recogido en los camarotes, y empiezo a darme cuenta de que nos hallamos bajo el régimen de la ley seca, porque han surgido unas botellas de manzanilla y tras ellas otras de champaña, cuyo contenido es libado entre jubilosa algazara, que bondadosamente preside la paternal aquiescencia del capitán.

Nueve de la mañana. San Pedro de Macorís. Hermosa bahía; cielo azul; sol fogoso. El mando del buque ordena un simulacro de salvamento, alarmante ceremonia que más amedrenta que conforta el ánimo. Son descubiertos los botes y puestos en disposición de ser lanzados al agua. La tripulación maniobra en torno de ellos como lo haría en un caso de peligro. Parece ser que tal práctica se realiza en todos los viajes de los barcos norteamericanos; pero en esta ocasión el pasaje siente cierta angustia instintiva ante aquel aparato de siniestro. Termina la ficción, recóbrase la calma, y el optimismo vuelve a los corazones al oír desgranarse las notas cristalinas de ese instrumento de excéntrico musical que en los buques yanquis sustituye a la grave

campana o a la repiqueteadora campanilla con que generalmente se anuncia a bordo la hora de la pitanza.

Mediodía. Puerto de La Romana. Pequeña ensenada que se utiliza para servir las necesidades comerciales de ese ingenio, que los norteamericanos tienen organizado como un estado dentro de la nación dominicana, con una policía propia, que no permite a la nacional inmiscuirse en su jurisdicción. Un funcionario de inmigración, como en los territorios yanquis, vigila e inspecciona el desembarco de pasajeros, con todo el formulismo y todas las restricciones norteamericanas, a pesar de hallarnos, geográficamente al menos, en tierras de Santo Domingo, donde justo es decir que no se oponen esas trabas a la libertad del viajero.

Salimos aún con apariencia de bonanza; pero cierta inquietud en los tripulantes se transmite al pasaje, quien oye decir que de cinco a seis de la tarde habrá que prepararse a soportar un excesivo movimiento del barco. Aumenta la intranquilidad una orden del capitán, mandando desalojar la terraza del puente de paseo y recoger las sillas de extensión y las butacas de mimbre. Refuézanse sujeciones y hay frecuente ruido de martilleo. Alguien afirma que vio bandera roja en la comandancia del puerto de La Romana, y que el capitán fue informado de que corría el riesgo de encontrar un poderoso ciclón que en aquellos momentos atravesaba la isla de Puerto Rico. Con la tardanza con que se suelen suscitar esos recuerdos y la tristeza de lo irreparable que acompaña a las prevenciones desoídas y las precauciones olvidadas, uno recuerda que el barómetro bajaba desoladoramente cuando salimos de Santo Domingo; otro, que había oído hablar de que se conocía la formación de un disturbio tropical (encantador eufemismo meteorológico), y no había ya, en fin, quien no lamentara su imprudencia o su ignorancia al embarcarse en tan irregulares condiciones.

A las cuatro de la tarde la visión del mar y del cielo era ya intranquilizadora. El horizonte había desaparecido frente a nosotros, y el barco caminaba frente a una enorme, densa y oscura cortina que cubría el firmamento y el mar. Pronto comenzó una llovizna. ¿Había procedido ligeramente el capitán al abandonar el puerto de La Romana, donde se hallaba al abrigo de desagradables contingencias? ¿Fió tal vez en tener tiempo de llegar a San Juan de Puerto Rico sin ser alcanzado por el huracán? Durante la noche, el excesivo movimiento del barco pudo ser explicado por el paso del canal de la Mona, al que da nombre una roca de silueta gigantescamente simiesca

que en su centro se halla, y siempre difícil paso marino, pues en él se reúnen las aguas del mar Caribe y del de las Antillas. Pero pasaron las primeras horas de la mañana en que el barco debía haber hecho su entrada en el puerto de la capital portorriqueña, y la esperanza de llegar se veía remitida a una ocasión incierta.

En esas horas matinales llegó, sin embargo, a hacerse tenue la bruma, hasta permitir la visión de las costas de la isla anhelada. Pero cerróse de repente la oscuridad en torno nuestro, acentóse airadamente el movimiento del barco y una lluvia violenta y copiosa nos azotó entre los embates del vendaval creciente. Sin precisión de brújula, sin necesidad de conocimientos náuticos, los profanos a la ciencia de la navegación nos sentimos desviados en nuestro rumbo y alejados de aquellas playas, cuya vista nos consolaba como una promesa.

El capitán, presuroso y preocupado, pasaba ante nosotros, dirigiéndose a la escalera, camino de la cubierta y del puente.

A Puerto Rico, ¿cuándo? —nos decidimos a preguntarle.

Puerto Rico, mañana, posible. . . —contestó en un castellano telegráfico, con su singular pronunciación de ruso norteamericano, y animando la frase con una mueca que quería ser una sonrisa. Desapareció y nos dejó el desconsuelo de declararnos hipotético el fin feliz de nuestro viaje. Casi todo el pasaje permanece recluído en los camarotes, y sólo tres viajeros estamos fuera de ellos, en el saloncito de fumar, contiguo al comedor. Uno, arrojado sobre un diván, se halla como insensible a lo que le rodea, en el eufórico estado de estupor del que se sabe frente a lo irremediable. Otro proclama que estamos perdidos, sin aclarar si lo dice por el extravío del rumbo o por la situación sin salida verosímil, y encomienda nuestra salvación a los poderes sobrenaturales. La lluvia torrencial y el vendaval arrecian, y de repente experimento la sensación de que el barco se precipita en el abismo y de que me veo caer a él. Un golpe de mar, como hasta entonces no lo habíamos sufrido, nos lanza junto hasta el otro extremo del salón a mí y a la butaca en que estoy sentado. Y es tan terrible la sensación de que está volcando el buque, que sólo al ver que recobra la estabilidad advierto, por los agudísimos dolores y la imposibilidad de moverle, que tengo roto un brazo. No hay médico a bordo. La Compañía a que pertenece el barco, poderosa Empresa norteamericana, dice que las leyes, las sabias y generosas leyes de su país, no la obligan a semejante cuidado y asistencia del pasaje que se

ha confiado a ella mediante el pago de un estipendio, no, por cierto, muy bajo. Con el brazo colgando aumentaba con esta tribulación de amargura de los angustiosos momentos, he de pasar cuatro días reducido a un estado de inferioridad en el caso de tener que buscar desesperadamente la salvación al llegar un trance decisivo. El golpe furioso que me ocasionó el accidente nos hizo conocer que acabábamos de ser, finalmente, alcanzados por el ciclón y que nos encontrábamos dentro de su área. El símil de las olas como montañas de agua, al que yo hasta ahora sólo concedía un carácter literario y una condición hiperbólica, tiene ya para mí una absoluta verificación. El barco parecía hundirse en simas profundísimas o penetrar en terribes desfiladeros de angosto y revuelto sendero abierto en escarpadísima cordillera. Levantado de proa como caballo alzado en peligrosa corveta; sumergida la proa y agitando en el vacío las paletadas de la hélice; describiendo un doble arco su arboladura al acostarse de una y de otra banda, y, lo que se nos representa todavía más grave, agitándose en un movimiento de rotación, cuyo término podía ser la desaparición en el vértice de la espiral fatídica.

No cabía, sin embargo, como única compensación a los trágicos instantes, la emoción estética de contemplar en toda su extensión el espectáculo del mar levantado y embravecido por el ciclón, porque una bruma espesa rodeaba el barco, envolviéndole a pocos metros. Todo ruido había cesado en el interior de la nave, porque ya no quedaba nada por romper. Al estrépido de la vajilla y la cristalería rotas, pues su natural fragilidad hizo que los servicios del comedor y de la cocina fuesen los primeros en perecer, siguió el fracaso de los muebles, que fueron reducidos a astillas y el estruendo de la obra muerta golpeada y deshecha. La escala de embarque, arrancada de cuajo, había desaparecido. Parte de la borda estaba destrozada y la férrea rueda del timón que hay en popa había sido rota en cerca de un tercio y arrebatada por el oleaje la parte que faltaba.

Los camarotes altos estaban inundados, y los de abajo comenzaban a estarlo. Gran parte de los equipajes, anegados o perdidos, como si se hubiese consumado el naufragio. Al pasaje ni se le ve, ni se le oye. Se ha recluído hasta el hombre aturdido, que, vacilante y arrojando la inestabilidad del suelo, andaba de zoco en colodro, ceñido el chaleco salvavidas; inútil y necia precaución en una catástrofe por tal causa, que no daría tiempo ni espacio para el salvamento. No hay un grito ni una imprecación. Los viajeros, sin duda, en es prueba suprema, recogen su espíritu en la resignación o lo elevan en la plegaria. Sólo se percibe, intermitente, el débil gemido de una mujer que

yace en un estado de insensibilidad, afortunado en trance como el que sufrimos. Y mi dolor más grande es ver en el camarote frontero al mío asomár sobre los hierros de la cama la rubia cabecita de una niña de tres años que mira asombrada a un lado y a otro, inocente del grave peligro que a todos amenaza.

La posibilidad de que aquella criatura perezca me aterra y me conturba más que mi propio riesgo. Sólo del milagro se espera ya la salvación en la lucha desesperada del barco con los desencadenados elementos. Y cada vez en gigantescas bóvedas se levanta ante nosotros la sombría mole de las aguas, parece que se abren, para darnos paso a su misterioso recinto, las puertas tenebrosas de los alcázares de la muerte.

El Domador de Ciclones

Pasan las horas; la angustia crece, y el barco sigue envuelto por el ciclón. Recuérdanse los precedentes trágicos. El "Valvanera", que hace unos años, en estos días de septiembre, terribles para la navegación en el mar de las Antillas, llegó a enfrentar el puerto de La Habana, y no pudiendo entrar en él, alcanzado por el huracán, fue arrastrado hacia Cayo Hueso, y desapareció sin dejar rastro. Y el "María Herrera", buque famoso porque a bordo de él murió, frente a Nuevitás, el gran actor español Antonio Vico, y que en una travesía entre Cuba y Puerto Rico perdióse, sin que todavía se sepa cómo ni dónde.

El gran ciclón asolador de La Habana, hace un par de años, comenzó a las nueve de la mañana y terminó a las seis de la tarde. Nosotros llevamos ya todo un día y toda una noche sin que nos abandone éste, del cual más adelante se nos confirmará que es excepcional en la historia de semejantes perturbaciones en estas latitudes.

Cuando salga la luna empezará la calma —oigo decir a un tripulante.

Y la luna, ¿cuándo sale? — le pregunto.

Ahora, a las cuatro y media.

Se supondrá que sale, porque esa es la hora que para este día tiene señalada en los almanaques pero no porque nos deje verla el cielo, que continúa entenebrecido. Aterradora madrugada. Ha habido

en efecto, unos instantes, no de sosiego, pero al menos de menor violencia en el viento, y precisamente a la hora marcada para la salida de la luna ha vuelto la intensidad ciclónica, como si sus giros nos hubiesen de nuevo aproximado a su vértice.

El capitán ha podido dedicar un momento para visitarme en el camarote, donde yago, e informarse de mi estado. La impresión acuática y lluviosa de anuncio de temporal es completa en él. Alto y magro, envuelto en el negro impermeable, hace el efecto de un paraguas en su funda.

Es un ciclón demasiado largo, le digo.

Son dos en uno —me contesta, no sólo no poniendo tristeza en sus palabras, sino con cierta satisfacción, como el que ha encontrado un plato de su gusto.

¿Cuándo nos apartaremos de estos lugares? Cuando el mar esté totalmente en calma. Todavía faltan unas horas. Esto no se ha acabado aún.

Así me dice, se despide y vase.

Es un consuelo. Se oye un estampido, como el de un cañonazo que hiriera al buque y hay gritos, confusión, y un grupo de tripulantes se apresura a tajar el daño. Un golpe de mar ha roto un ventanillo y el agua se precipita por el boquete. Prestamente consíguese clavar recias tablas para cegar el castigado ojo de buey.

El capitán ha retornado a su puesto, al que atiende con vigilante constancia desde que comenzó el temporal. Acaso fue imprudente al abandonar el puerto de La Romana; mas desde el primer momento arriesgado cumple en el puente su deber con abnegación absoluta. Y hasta estoy por decir que con la delectación del aficionado a un peligroso deporte.

Sí; eso es. De la sospecha he pasado a la convicción. Este ruso extraño, que aparece capitán de un barco norteamericano, hombre de enjuta faz arrebolada por báquicas devociones, y vaga mirada en sus pupilas claras, hechas a las inmensidades (la estepa o el mar) es un personaje estrafalario y dramático que, en su condición de marino, gusta de los ciclones en sus viajes y de ir en su busca para probar a cazarlos y vencerlos.

Dando cara al temporal lleva veinticuatro horas, y pasará otras tantas presentando la proa al vendaval, con tal cuidado que la menor desviación que ofrezca al furioso embate del huracán un costado del barco puede ser suficiente para volcarle. Como en un duelo absurdo por su enorme desigualdad, atisba y para el golpe del enemigo; el botalón es la punta de su espada recta hacia el cuerpo del adversario para que él mismo se ensarte en la violencia del ataque.

Desde el puente, agarrado al timón, igual que el automovilista al volante, aspira a vencer, en una pista inconmensurable y movediza, una inaudita prueba de resistencia. Otras veces se diría que para un gran público temible e invisible ejecuta en el enorme circo del Océano el más inverosímil de los equilibrios y el más gigantesco de los funambulismos.

Segundo día de ciclón o de ciclones, según hubo declarado el capitán, con la delectación del aficionado a la fiesta taurina a quien le dan un toro más de los anunciados en los carteles. Porque también, tiene mucho de torero en la plaza de la inmensidad este hombre, que no sólo capea el temporal, sino que le da pases asombrosos y acecha la ocasión de asestarle la estocada certera.

Se distingue en un dúo siniestro la voz de cada uno de los vientos. Uno brama, ruge, tiene el eco majestuoso que cumple a su trágica grandeza. Otro es un siseo continuo y antipático. Pudiera ser, no su compañero en el concierto de lo desconcertado, sino el testigo censor que le reprueba tal vez una lenidad en su ataque, ya que todavía no ha conseguido acabar con nosotros.

A las dos de la tarde se les siente alejarse, amortiguarse y extinguirse. El mar se presentaba propenso a la calma. ¿Sería aprovechado aquel momento para rectificar nuestro rumbo? No; como tampoco lo fue el intervalo matutino en que apareció amainar el temporal. Es que el capitán espera algo más todavía y no quiere perderse. En efecto, no tarda en percibir remotamente un zumbido sutil, como de cínife. Es fino y penetrante, y aun diría que más intranquilizador que las voces broncas y sordas de los vientos de aquella mañana. Es un diablillo de peligroso juego, que anhela consumir una travesura mortal. Ha reconvenido, por habernos dejado libres, a los vientos que se fueron, y les ha dicho, decidido, que viene por nosotros.

Pero no ha contado con el capitán. El mar ha vuelto a levantarse y agitarse, describiendo los fatales giros que le traza en su vuelo el

cínife monstruoso. Y el barco se aferra a las ondulantes aguas y camina con ellas. Me hace el efecto de un gato a quien un tigre ha querido acometer, y en vez de pretender la huída salta sobre el lomo de la fiera, clava en él sus uñas y se burla de los rugidos de su enemigo y de su impotencia para alcanzarle en sus zarpazos.

Al fin la inquietante trompetilla va dejando de oírse y el gran mosquito, endiablado deja de dar sus vueltas en torno a nosotros y se va apartando, avergonzado y confuso por su derrota. Pero el barco no busca a su vez otra dirección. ¿Esperamos otro ciclón más? El capitán no quiere, probablemente, marcharse de allí hasta cerciorarse de que ya no le cabrá el gusto de procurarse otra lidia. Es un gran domador de ciclones, y siente la satisfacción de su aventurado ejercicio; pero haría mejor en dejar sus prácticas favoritas para cuando posea una embarcación de la que él sea único tripulante y con la que pueda ir por esos mares para deleitarse en su deporte, de la misma manera que el cazador coge su perro y se va al campo.

Supónese que ya, al cabo de unas cuarenta y ocho horas, ha pasado el peligro. El peligro mayor, pues quynos queda el de no saber dónde nos encontramos. Una de las primeras averías del ciclón fue privarnos de la comunicación radiotelegráfica. Por otra parte, el cielo, todavía ennegrecido, impide hacer un cálculo de nuestra situación. Al otro día sabremos que desde las proximidades de San Juan de Puerto Rico hemos sido llevados hasta 18 millas de Puerto Plata, al norte de la isla de Santo Domingo; como conoceremos también la noticia de que nuestro barco había sido dado ya por perdido.

Angustiosa es también, esta otra noche de incertidumbre y ansiedad. No hay sistema nervioso que resista a una tensión tan prolongada, y yo siento maltrecho el mío. En plena vigilia experimento efectos de pesadilla. Tengo la impresión de haber desembarcado y hallarme en un hotel, redimido ya de la maldita nave. Pero me maravilla que mi alojamiento, incómodo y feo, se parezca tanto a mi camarote del barco. Por el ojo de buey se ve la tenebrosa noche, cuya obscuridad ilumina a veces el fulgor de unos relámpagos. Y yo entonces sólo me pregunto que por qué hay frente a mí un negro de cara redonda y boba que se pasa el tiempo mirándome fijamente, y de cuando en cuando enciende unos fósforos.

No ha quedado a bordo una gota de agua potable, y faltan los víveres aunque bien es verdad que no se echan de menos las vituallas, pues que hace dos días que nadie piensa en alimentarse. El barco, que

antes parecía ingrávigo, ahora camina pesadamente, como un carromato de los mares, y el golpe de la quilla al caer sobre las aguas, después del paso de una ola, suena como si, dando tumbos, tropezara con enormes piedras en el camino.

Técnicos y profanos dirán, cuando lleguemos a puerto, que milagrosamente ha sido posible vencer nuestra apurada situación. No falta el creyente fervoroso que alude a las potencias sobrenaturales. Hubo en verdad, instantes en que pudo creerse que un fluído misterioso, la fuerza de tantas voluntades aunadas en un deseo, sostenía el barco.

Y en ese trance era para recordar la conmovedora piedad con que en los viejos hogares nadie se entregaba al sueño sin terminar sus oraciones diciendo:

—Un Padrenuestro por los caminantes de mar y tierra.

